

quinista. Nadie gobernaba una rueda tan bien como él.

Se construía él mismo, por un mecanismo propio suyo, todos los chismes de pesca.

En un rincón del Bu de la Calle tenía una pequeña fragua y un yunque, y como la panza no tenía más que una ancla, él mismo y sin auxilio de nadie se hizo otra, que era excelente. El arganeo tenía la fuerza que requería, y Gilliatt, sin que nadie se lo hubiese enseñado, había hallado la dimensión exacta que debe tener el cepo para que el ancla no zozobre.

Había á fuerza de paciencia reemplazado todos los clavos del bordaje con cabillones y cabillas, haciendo así imposible los agujeros de la herrumbre.

De esta manera había aumentado considerablemente las buenas cualidades de la panza, de la cual se aprovechaba para ir de cuando en cuando á pasar un mes ó dos en algun islote solitario como Chousey ó los Casquets.

La gente decía: Gilliatt se ha marchado. Y su ausencia no desazonaba á nadie.

VII.

EN CASA ENDEMONIADA, MORADOR ENDEMONIADO.

Gilliatt era el hombre del sueño, y de esta circunstancia nacían sus audacias y sus timideces. Tenía ideas propias, ideas que podían llamarse suyas.

Había tal vez en Gilliatt algo del alucinado y del iluminado. El alucinamiento lo invade todo; se apodera lo mismo de un rústico como Martín, que de un rey como Enrique IV. Lo desconocido causa algunas veces sorpresas al espíritu del hombre. Una rasgadura brusca de la sombra deja de repente ver lo invisible, y luego vuelve á cerrarse. Estas visiones son algunas veces trasfigurativas; hacen de un conductor de camellos un Mahoma

y de una pastora una Juana de Arco. La soledad provoca el desprendimiento de cierta cantidad de estravío sublime. Es el humo de la antorcha que arde. De aquí resulta un misterioso temblor de ideas que dilata al doctor en visionario: de aquí resultan las embriagueces del laurel de Castalia machacado, las revelaciones del mes Busion; de aquí resultan Peleya en Dódena, Hemonoes en Delfos, Trofonio en Lebadea. El estado visionario agobia generalmente al hombre y le vuelve estúpido. El faquir tiene por achaque su vision como su papera el cretino. Lutero, platicando con los diablos en el granero de Witemberg, Pascal tapando el infierno con la mampara de su gabinete, el obí negro dialogando con el dios Bossum de rostro blanco, constituyen el mismo fenómeno, diversamente modificado por los cerebros que atraviesa, segun su dimension y su fuerza. Lutero y Pascal fueron y son grandes; el obí es imbécil.

Gilliatt no se hallaba tan alto, ni tan bajo. Era un hombre meditabundo, y nada mas.

Veia la naturaleza de una manera un poco estraña.

De haber distinguido algunas veces en el agua del mar perfectamente limpia animales inesperados bastante voluminosos, de diversas formas, de la especie medusa, los cuales fuera del agua parecian un cristal blando, y echados al agua se confundian con el medio en que vivian por la identidad de diafanidad y de color hasta el punto de desaparecer en él, concluia que, puesto que poblaban el agua transparencias vivientes, otras transparencias, vivien-

tes tambien, podian poblar el aire. Los pájaros no son los habitantes del aire; son sus anfibios. Gilliatt no creia en el aire desierto. Decia: puesto que el mar está poblado, ¿cómo la atmósfera habia de estar vacía? Criaturas del color del aire se borran con la luz y escapan á nuestras miradas; ¿quién es capaz de probar la inexistencia de esas criaturas? La analogía indica que el aire debe tener sus peces como el mar tiene los suyos; estos peces del aire son tal vez diáfanos, beneficio de la prevision creadora para nosotros como para ellos; dejando pasar la luz al través de su forma, y no haciendo sombra, no proyectando ninguna silueta, permanecen ignorados de nosotros, y no nos es dado cogerlos. Gilliatt opinaba que si fuese posible dejar la tierra en seco de atmósfera, y se pescase en el aire como se pesca en un estanque, se hallarian en él muchos seres sorprendentes. Y, añadía en su delirio, entonces se esplicarian muchas cosas.

El desvarío, que es el pensamiento en estado nebuloso, confina con el sueño, y tiene en éste su frontera. El aire habitado por las transparencias vivientes seria el principio de lo desconocido; pero mas allá se presenta la vasta abertura de lo posible. Allí otros seres, allí otros hechos.

Gilliatt, en esa desocupacion laboriosa que constituia su existencia, era un observador estraño. Hasta llegaba á observar el sueño. El sueño está en contacto con lo posible, al cual nosotros llamamos lo inverosímil.

El mundo nocturno es un mundo.

La noche, como noche, es un universo. El organismo

material humano; sobre el cual pesa una columna atmosférica que tiene cinco leguas de altura, se halla fatigado por la noche, cae de cansancio, se echa y reposa; los ojos de carne se cierran; entonces en la cabeza aletargada, menos inerte de lo que se cree, otros ojos se abren; aparece lo desconocido. Las cosas sombrías del mundo ignorado se aproximan al hombre, ya sea que haya comunicacion verdadera, ya sea que las lontananzas del abismo tengan un engruesamiento visionario; parece que los vivientes indistintos del espacio vienen á mirarnos, y que tienen la curiosidad de conocernos, á nosotros vivientes terrestres; una creacion fantasma sube ó baja hácia nosotros y nos sumerge en un crepúsculo; delante de nuestra contemplacion espectral, otra vida que no es la nuestra se agrega y se segrega, compuesta de nosotros mismos y de otra cosa; el durmiente, visionario á medias, no del todo inconsciente, entrevé esas animalidades estrañas, esas vegetaciones estraordinarias, esas livideces terribles ó risueñas, esas larvas, esas máscaras, esas figuras, esas hidras, esas confusiones, ese claro de luna sin luna, esas oscuras descomposiciones del prodigio, esos crecimientos y decrecimientos en una densidad turbia, esa flotacion de formas en las tinieblas, todo ese misterio á que nosotros llamamos sueño y que no es mas que la aproximacion de una realidad invisible.

El sueño es el aquarium de la noche.

Asi soñaba Gilliatt.

VIII.

LA SILLA GIL-HOLM-UR.

En vano en la ensenada del Humet buscaríamos hoy la casa de Gilliatt, su huerto y el ancon donde se abrigaba la panza.

El Bu de la Calle no existe ya. La pequeña península en que esta casa se levantaba, ha caido bajo el pico de los demoleedores de acantilados y ha sido trasladada á carretadas á los buques de los chalanes y mercaderes de granito. Ha pasado á ser en la capital malecon, iglesia y palacio. Hace mucho tiempo que toda la cresta de escollos partió para Lóndres.

Esas prolongaciones de rocas en el mar, con sus que-

brajas y dentellones son verdaderas cordilleras de montañas en miniatura, y al verlas nos causan la impresión que experimentaría un gigante mirando las Cordilleres. El idioma local les llama Banques.

Estos bancos tienen figuras diversas. Los unos parecen una espina dorsal, de que cada roca es una vértebra, los otros afectan la forma de un arete de pescado, los otros la de un cocodrilo que bebe.

A la estremidad del banco del Bu de la Calle había un enorme peñasco que los pescadores del Houmet llamaban el Corne de la Bête. Aquella roca, especie de pirámide, se parecía, aunque menos elevada, al Pinnacle de Jersey. Estando alta la marea, el agua la separaba del banco, y el Corne quedaba aislado. Estando la marea baja, se llegaba á él por el istmo de rocas practicables. Lo que ofrecía esta roca de curioso era que por el lado del mar tenía la forma de una silla, era una verdadera silla natural construida por las olas y pulimentada por las lluvias. Era una silla traidora. El que pasaba se sentía insensiblemente arrastrado á ella por su belleza, ante ella se detenía «por el amor del prospecto,» como se dice en Guernesey; había algo que le sujetaba; hay un encanto en los grandes horizontes. Aquella silla le convidaba á sentarse; formaba una especie de nicho en la fachada cortada á pico de la roca; trepar hasta aquel nicho era fácil; el mar que lo había tallado en la roca había ordenado debajo y dispuesto cómodamente una especie de escalera de piedras planas; el abismo tiene sus agasajos:

no nos fiemos de sus cumplimientos; la silla tentaba; el que pasaba subía hasta ella y se sentaba; allí estaba perfectamente; por asiento el granito desgastado y redondeado por la espuma, por reclinatorio para poner los codos dos fragosidades que parecían hechas espresamente; por respaldo toda la alta muralla vertical de la roca que uno veía y admiraba encima de su cabeza sin pensar en decirse que le sería imposible escalarla: nada más sencillo que olvidarse de todo en aquella poltrona, desde la cual se descubría todo el mar; se veían á lo lejos los buques que se acercaban ó partían; se podía seguir con la vista una vela hasta que se perdía más allá de los Casquets bajo la redondez del Océano; el hombre se estasiaba, miraba, gozaba, sentía la caricia del céfiro y de la ola; hay en Cayena un vespertilio que sabe lo que hace, que os adormece en la sombra con un suave y tenebroso batimiento de alas: el viento es este vespertilio, este murciélago invisible; cuando no es devastador es adormecedor.

El que llegaba á sentarse contemplaba el mar, escuchaba el viento, se sentía dominar por el sopor del éstasis. Cuando los ojos están llenos, saturados de un exceso de belleza y de luz, es una voluptuosidad cerrarlos. De repente el que estaba sentado se despertaba. Era demasiado tarde. La marea había subido poco á poco. El agua envolvía la roca.

El hombre estaba perdido.

El mar que sube es un bloqueo terrible.

La marea crece en un principio insensiblemente y después con violencia.

Al llegar á las rocas , se encoleriza y echa espuma. No siempre basta saber nadar en las rompientes. Escelentes nadadores se habian ahogado en el Corne del Bu de la Calle.

En ciertos lugares y á ciertas horas mirar el mar es un veneno. Es como, algunas veces, mirar á una mujer.

Los habitantes muy antiguos de Guernesey llamaban en otro tiempo á aquel nicho abierto en la roca por el oleaje la Chaise Gild-Holm-Ur, ó *Kidormur*. Dícese que esta es una palabra celta que los que saben el celta no comprenden, y la comprenden perfectamente los que saben francés. *Qui-dort-meurt*. El que duerme muere.

Tal es la traduccion del vulgo.

Queda cualquiera en libertad de escoger entre esta version *Qui-dort-meurt*, y la dada en 1819 en el *Armoricain*, si no me engaño, por M. Athénas.

Segun este distinguido filólogo, Gild-Holm-Ur significa *Parada-de-bandadas-de-pájaros*.

Hay en Aurigny otra silla del mismo género, que se llama la Chaise-au-Moine, tan bien construida por las olas y con una prominencia de piedra tan perfectamente colocada, que pudiéramos decir que el mar ha tenido la complacencia de poner á los pies de la silla un taburete.

Estando alta la marea, desaparecia la silla Gild-Holm-Ur. El agua la cubria enteramente.

La silla Gild-Holm-Ur estaba próxima al Bu de la Calle. Gilliatt la conocia y se sentaba en ella con frecuencia. ¿Meditaba? No. Ya lo hemos dicho, soñaba. El no se dejaba sorprender por la marea.

LIBRO SEGUNDO.

MESS LETHIERRY.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO